

# Encierros

Olimpia García Aguilar

Facultad de Filosofía y Letras

**La leyenda del minotauro, los frágiles jóvenes,  
la antigua Creta asoma en este relato de monstruos  
y sacrificios**

La adolescente. Tendrá trece o catorce años. Es esbelta, muy blanca y hoy se ha peinado con especial cuidado para que las acrobacias no rompan ese cuadro de belleza. Lo mira de frente, lo desafía.

Mientras prepara su voltereta, las damas del estrado platican y lucen las abollonadas mangas y el ajustado corpiño azul, rojo, amarillo. Hablan de la moda y del musculoso cuerpo de la joven.

El sonido de los tambores silencia a la tribuna. Permanecemos callados y no se escuchan más que los pasos apresurados de la doncella que corre a enfrentarse con la bestia. El animal reacciona, golpea su cox contra la tierra y se lanza rabioso contra la niña quien, tras empuñar las astas, salta haciendo una pirueta sobre el lomo del toro.

Es tarde. El sol está de nuevo en el horizonte y el aullido de la bestia cimbra las paredes del palacio. Caminamos hasta llegar a la puerta de madera del salón del

Trono. Los leones con cabeza de águila nos reciben. Los hombres vuelven a jugar con las piezas que dejaron inmóviles en el tablero, las mujeres caminamos hacia las amplias habitaciones donde tejemos lana hasta que la luz de las velas nos manda a descansar.

He vivido más de veinte años en este lugar de movimiento, porosa esponja de intrincados túneles, en este enorme caracol nacarado que se expande conforme pasan los años. Tenemos, para ello, al mejor arquitecto que trabaja cada día levantando las nuevas habitaciones, espaciosos pasillos, corredores que llevan a un



mismo patio. Ésta es la consigna de mi rey: confundir, complicar, enredar. Lo hemos platicado, y no encontramos más salida que el encierro.

Habrán mujeres que ansíen levantar peinados y joyas sobre sus cabezas y deseen lucir los pezones que exhibo. Envidiarán a mis hijas, a mi rey y a mis doncellas, codiciarán mis perfumes y mis telas y desearán pasar conmigo los ratos de esparcimiento. Pero sé que cualquiera aborrecerá haber vivido la expulsión de la sangre y la placenta que envolvieron al monstruo por más de diez meses.

Nació deforme, jorobado, escuiriéndose entre mis piernas. Lo parí sola, aullando de dolor, con la vista fija sobre el mural de los delfines que decora mi aposento. Grité al ver la pezuña que salía de mi sexo y pronto asomó él, que con rotundo mugido me dio respuesta. Y la horrenda visión hizo correr a las parteras y a la abuela de mis hijos dejándome sola, sin alguien que jalara esas pezuñas, esa cabeza abultada, sin que nadie me hiciera el favor de matar a la criatura o ahorcarme con el cordel que amarra mis cabellos.

No me he repuesto desde aquel día y los días posteriores en que mi rey mandó circundar el palacio y

**Éste es el universo desde  
el cual se gobierna.**

**Sin contacto con la gente,  
somos una isla dentro  
de la isla**

extenderlo hasta formar este enmarañado laberinto por el que deambula la bestia.

Niego haber sido infiel. Lo he negado mil veces. He seguido a un paso de distancia al rey suplicándole perdón, exigiéndole que vuelva a mi habitación, que entregue su semen en mis entrañas, que le dé una caricia a la mujer que, más joven, parió hijos sanos y robustos. Y me responde con una jarra de vino en la garganta que hay que esconderlo, que no puede precipitar la muerte sobre él porque es mi hijo, el hijo de la reina.

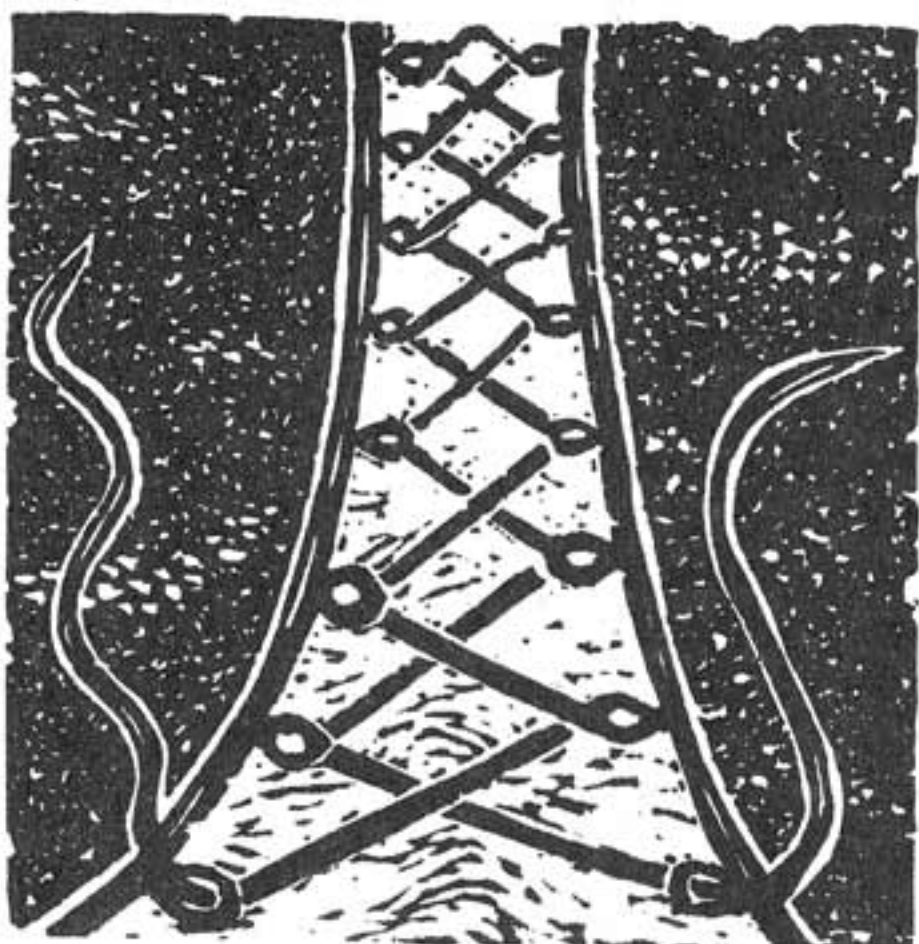
En los salones la corte pasa el tiempo en juegos, charlas y bailes. Nadie puede salir. Éste es el universo desde el cual se gobierna. Sin contacto con la gente, somos una isla dentro de la isla, somos una corte encerrada para que no escape la bestia ni sepa

el pueblo que ahora la reina no sabe parir príncipes.

Las tardes de baile serenán el ánimo del rey. Trece faldas de volantes dejan escuchar su seductor susurro mezclado con el murmullo de la charla y la música. Las que fueron mis doncellas son las mejores bailarinas, sobresalientes narradoras, hábiles







tejedoras y cumplidas amantes de mi marido.

Todavía me pregunto cómo caben los celos teniendo la preocupación de encontrar un día, entre los extraños pasillos y las habitaciones sin nombre, la cabeza del jorobado buscando su alimento, llamándome madre, bufando detrás de mi carrera. Todos lo escuchamos, sabemos que está cerca; aúlla, golpea, rasga las paredes.

Durante la noche escucho sus sollozos. No debo decir que siento miedo, pero lo siento y espero que día a día dejen de construir pisos, habitaciones, solares para que él siga su curso, hurgue, empuje puertas, pero no la mía. Que no venga, que no aparezca su deformidad tras mi biombo, que no me reconozca, que no balbucee delante de mí.

Pero a pesar del peligro no dejo de adentrarme al laberinto. Es osadía, curiosidad, co-

mo lo llamo cuando platico a mis hijas que más allá he encontrado maravillosos patios, iluminadas habitaciones, estrechos y sinuosos pasillos. Y, en ocasiones, las he sorprendido jugando a encontrar al monstruo, atando mi cordel a sus pequeñas cinturas, cuando ya están cansadas de los espectáculos, del teatro, de los bailes y los juegos de salón.

Mis hijas también están aburridas de vivir. Lo veo en sus ojos. No saben ya contemplarse en los espejos ni levantar peinados laberínticos sobre sus cabezas. Sólo piensan en escapar, en ver otras palmeras que no sean las del palacio, en conocer a hombres que no sean de esta corte.

Pero nadie imagina la forma de salir. Sólo el maestro de la obra sirve y guía a los encargados de las bodegas. Fuera de él, incluso la brújula se extraviaría. Todos los días se pierde alguno: no los vemos más en salones ni en patios y un olor putrefacto nos indica que hay nuevo alimento para el jorobado. Pero nadie habla de eso, está vedado. Prohibido mencionar el nombre de la bestia, el olor a muerte. Prohibido insinuar que el lamento



que taladra los oídos no es otro sino el de los toros que esperan que sea día el que los prisioneros realicen su acto de acrobacia. Prohibido pensar que esa deformidad que deambula por las habitaciones es el hijo de la reina y del rey.

Antes no había problemas. Salía a caminar por los corredores del patio central seguida por un pequeño séquito de doncellas y muchachos. Los artesanos decoraban murales con lirios y caracoles marinos, daban forma a las vasijas y esculpían hermosas estatuas, los niños trepaban a las palmeras y en las cocinas se preparaban aceites y vino.

En las madrugadas realizábamos rituales a la diosa de la tierra y en las noches contemplábamos las escenas que habían preparado nuestros actores para entretenernos.

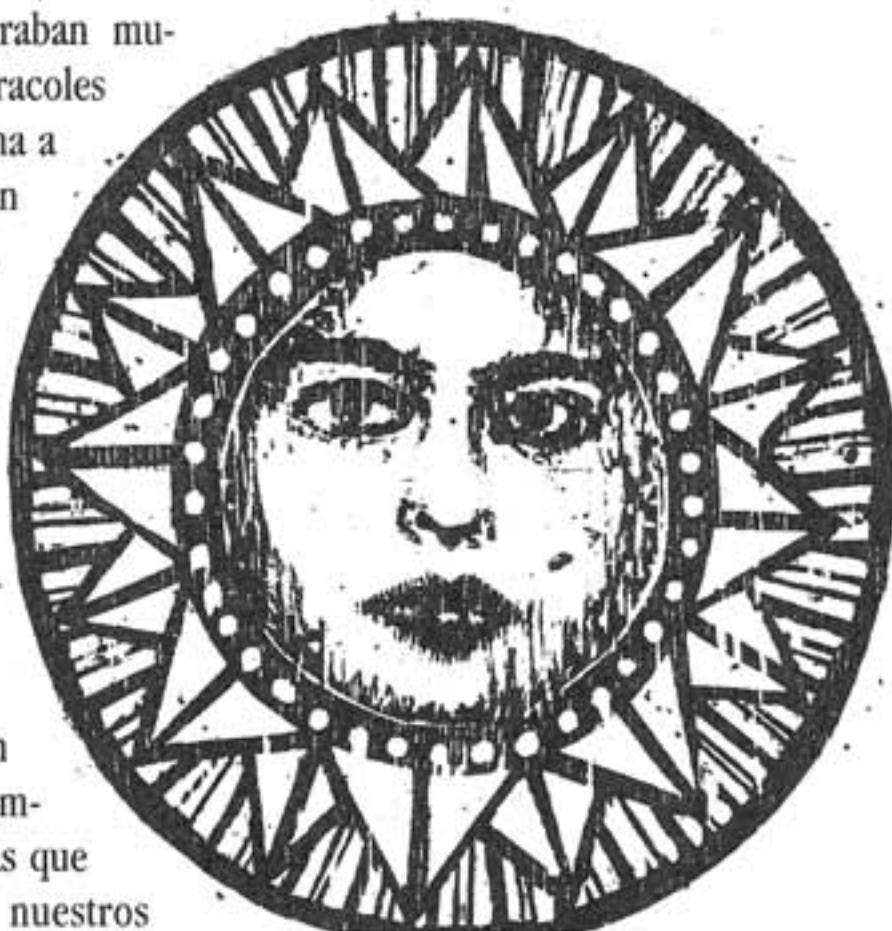
Mi rey, en altamar, luchaba por mantener la supremacía de la isla sobre los demás pueblos, y al regresar, acompañado de sus guerreros, traía esclavos, oro y provisiones.

Ahora, mientras camino por los pasillos, siento la mirada que acusa mis pasos, que vigila. El rey ha perdido la confianza en mí y la corte está harta del encierro que ha provocado mi hijo. Las paredes me escuchan, me siguen, huelen mi olor de mujer abandonada. Distingo el susurro de las mujeres que consolidan una historia de zoofilia, de incesto, de imprudencia, de asco que me hace vomitar y seguir vagando, con mi cordel y mi vela, por los pasillos deshabitados.

Y ahora hay más quehaceres que la frivolidad del espejo y los espectáculos: el desfile de la reina y sus

pocas damas fieles, sin sonrisas, que acuden por órdenes del rey a la plaza a presenciar el salto acrobático de los prisioneros sobre el lomo del toro.

La plaza está todavía vacía. Puedo caminar sobre el ruedo en el que hoy terminará la vida para algunos. Una de mis damas, cuidadosa detrás de su reina, lee la suerte en la arena que voy pisando. "Un joven moreno, el



acróbata, viene a liberar a tu hijo de la vida, a tus hijas de su doncellez y a nosotros, de este cruel aislamiento. Y es que no has buscado más salida que el encierro. Al paso del tiempo, después de la destrucción, habrá quien diga que fuimos una civilización próspera y refinada, y los trovadores hablarán de ti como la hermosa reina de Creta".

Yo soy la reina. A pesar del desprestigio, de la humillación, de la burla de la diosa madre. Soy la reina que aplaude al joven acróbata. Dueña del laberinto, de las llamas, del humo, de la confusión. La poseedora del cordel y conocedora del caracol. La dueña de lo que ven los ojos de la isla, la dueña del murmullo y del quejido, del ronco lamento de la bestia moribunda☉